



EX LIBRIS

|           |
|-----------|
| EX LIBRIS |
|           |
|           |



**Bruno Bimbi**

# **EL FIN DEL ARMARIO**

**Lesbianas, gays, bisexuales y trans  
en el siglo XXI**

**Prólogo de Osvaldo Bazán**



*A Pedro Zerolo*

Este libro es un río de tres afluentes que llegan al mar de la época. Uno de esos afluentes es un panteón de ilustres: de Bergoglio a Zerolo, pasando por Jóhanna Sigurðardóttir, Zulma Lobato, Ernesto Meccia, Bronski Beat, monseñor Aguer, Alan Turing, Billy Elliot, Mariela Castro o James Franco: la guía pop de Bruno Bimbi tiene todos los nombres de la iconografía del cambio del milenio que estampa para siempre un momento bisagra en la historia de la vida sexual de la humanidad. Lo que implica, claramente, el momento en que los humanos dejan de ser y estar como eran, para ser y estar de otra manera, o para decirlo más rápidamente: el fin del armario. Las fuerzas que empujan la puerta del clóset para afuera y para adentro.

Hay responsables de cambios, de avances y de retrocesos.

No hay indiferentes.

Bruno Bimbi ilumina el gesto que inscribe a esos personajes en el gran tironeo por la libertad que se da en estos tiempos: el legislador homofóbico estadounidense Randy Boehning revisando Grindr, el cantante brasileño Renato Russo cantando “me gustan los chicos y las chicas”, el presidente venezolano Nicolás Maduro gritando en cadena nacional: “¡Yo tengo una esposa! ¡Me gustan las mujeres!”, el presidente del Bayern Múnich alentando a sus jugadores a que salgan del armario. Bruno toma ese álbum de fotografías, las atesora y arma entonces un recorrido por la sexualidad del cambio de milenio.

Pero, como Bimbi es inquieto –al punto de la exageración, decimos quienes lo conocemos–, no se queda allí. No solo retrata las figuras conocidas, los popes que con sus decisiones ayudan o desalientan el comportamiento de millones. El segundo de los afluentes de los que se sirve está formado, justamente, por esos millones de anónimos. Este libro cuenta las consecuencias de aquellas fotos de ilustres en la película diaria que se vive en todo el mundo. Así aparecen Nicole; Camila; Bruno Sebastián; Gato Real y su búsqueda por internet en la noche de Río de Janeiro; la

odisea de Zulema en Ecuador; el asesinato de Dani Zamudio en Chile o de David Kato en Uganda; las chocolatadas de los osos de San Cristóbal, en Buenos Aires. La gente que protagoniza la lucha del armario; aquellos que son al tiempo receptores y forjadores de ese caleidoscopio gay. Este libro ubica a los que se salen de la norma sexual y los resignifica. Es el “detrás de los números está la gente” de la vida gay. Es la confirmación de que todo, finalmente, ocurre más allá de noticias, revoluciones o silencios. Redefiniendo el término “escándalo”, borrando del medio la hojarasca del prejuicio y la maldad, lo que queda son vidas comunes intentando encontrar un lugar bajo el sol.

Pero este es un libro de Bruno Bimbi, que siempre tiene algo más para decir. Entonces, aparece el tercer afluente de este río, otra manera de describir el fin del armario. Este libro, que describe personajes y personas, también se revela como un eficaz diccionario de conceptos que rondan la época, la definen y la determinan. Es imposible hablar del fin del armario, Bimbi lo sabe, sin ser muy gráfico con conceptos como *bullying*, *bears*, *coming out*, *petting*, *outing*, *Stonewall*, *dark room* y *don't ask, don't tell* (no debe ser casualidad, tampoco, que las palabras del nuevo milenio sean en inglés). Todos estos conceptos abren puertas que llevarán hacia la puerta del armario desde adentro. Es en esas páginas en donde Bimbi deja su carácter de fotógrafo del momento y se encara claramente como polemista. A su juego lo llamaron. Alguna vez hemos discutido con Bruno por alguno de estos conceptos. Con honestidad, describe cada situación, cada punto de vista sin ocultar y sin jugar con cartas marcadas. Nuevos debates para esas nuevas realidades que aparecen cuando el mundo sale del armario. Lo que arrastra este río, a punto de llegar al mar.

*El fin del armario* es un documento de época, un álbum de fotografías, una película inconclusa. Y es también el testimonio más claro y contundente de que ya nada será como fue.

—OSVALDO BAZÁN

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

### Adolescencias robadas

Estábamos reunidos en una plaza. Éramos compañeros del secundario y estábamos formando una agrupación estudiantil. Era casi de noche. El chico rubio me llamó tanto la atención que, de repente, me olvidé de lo que estábamos discutiendo, sin entender ni preguntarme por qué. Solo supe –así, sin dudas– que nos haríamos amigos, porque “amigo” era lo único que concebía que pudiera ser de otro chico. No entendía por qué tenía un deseo tan fuerte de comenzar una amistad con alguien a quien apenas conocía, pero lo cierto es que nos hicimos muy amigos.

Cuando nuestra amistad ya era tan importante que no entendíamos cómo haríamos para vivir sin ella, el chico rubio me convenció de lo que mis compañeras no habían podido: que me vistiera más moderno, que me cortara el pelo con más onda, que además de ir a reuniones del centro de estudiantes, fuera a boliches y fiestas, que hiciera cosas prohibidas para menores de dieciocho antes de cumplirlos, que me divirtiera más. Y me vestí con la ropa que él me regalaba, me corté el pelo igual a él, salí a bailar con él, nos divertimos juntos.

Él se levantaba a todas las minutas. Yo lo acompañaba, lo esperaba, lo escuchaba cuando él me contaba; yo no me daba cuenta. Un día estábamos tirados en el balcón de su casa y me dijo que estaba tan caliente –éramos adolescentes, las hormonas enloquecidas– que cogería hasta conmigo, y hoy recuerdo que pensé lo que en ese momento no registré que acababa de pensar. Sí, lo pensé. Fue un *flash*, un impulso, un escalofrío; después, la censura y el olvido, todo en una fracción de segundo. No le contesté. Cambiamos de tema y el tiempo pasó y él siguió cambiando de novias y a mí me eligieron secretario general de la juventud del partido y un día me di cuenta de que ya tenía veintitrés y el sexo me aburría.

El sexo me aburría.

Era como una promesa incumplida. Yo ejercía mi mandato, más por obligación que por ganas, imitando a los demás, pero no recibía a cambio los placeres que mi amigo me contaba luego de sus incursiones en el cuerpo

femenino. Lo peor era el beso: no tenía gusto a nada. Era un trámite necesario para ponerla, una entrada que había que pagar para pasar al siguiente nivel, con cierta satisfacción física seguida de una incomprensible sensación de que algo no funcionaba. Se me terminó la adolescencia y no llegué a descubrir la combinación de la cerradura que abriera la puerta al paraíso que mi amigo juraba que existía y que yo, claro, fingía conocer.

Años después, una noche, por casualidad –o quizás no–, otro amigo heterosexual me llevó a conocer un boliche gay. Yo fui porque él insistió que era divertido, aunque no me cabía eso de ir a un lugar de putos. Pero volví, con excusas tan malas como las que aquella noche habían justificado mi interés por el rubio. Y poco después, un amigo de otro amigo, en el boliche de putos, no me creyó que yo nada que ver y me buscó varias veces un beso, hasta que la testosterona se cruzó con una burbuja de champán en un torrente sanguíneo acelerado y no aguanté más. ¿Por qué no se lo iba a dar si yo también me moría de ganas?

El descubrimiento fue instantáneo: *eso* era el beso.

Después, claro, el sexo; la cerradura se abrió. ¡No era aburrido! Ahí estaban los placeres de los que me hablaba mi amigo rubio. Eran tal cual. Y entonces ya no necesité darme cuenta; la censura se evaporó. Algo no había pasado en aquellos años de mi adolescencia y, cuando al fin estuvo todo claro, sentí que me la habían robado. De todas las cosas de la vida que nos prohibieron a los gays, la adolescencia es la más injusta.

Quiero que me la devuelvan.

Quiero vivir cada experiencia en el momento justo, tener mi primer novio a la misma edad en que mis amigos tuvieron su primera novia, y que los primeros besos sean torpes, experimentales, llenos de sorpresas, y descubrir el sexo con inocencia y emborracharme sin tener todavía edad para hacerlo, y que me pongan amonestaciones que no sean por una causa justa, sino por una divertida, y hacer las cosas prohibidas para menores de dieciocho antes de cumplir los dieciocho. Quiero que el pibe rubio me vuelva a decir que está tan caliente que cogería conmigo y coger con él en su casa, esa tarde, en pleno verano, en plena adolescencia, con las hormonas enloquecidas.

Las experiencias perdidas son irrecuperables, porque nunca más estaremos ahí para saber cómo hubiesen sido. Cuando hablamos de educación sexual en la escuela, la que tanto asusta a los dinosaurios, la que yo no tuve, estamos hablando también de esas adolescencias no realizadas, de esos deseos censurados, de esas experiencias no vividas. Por el bien de los pibes que todavía están a tiempo de no perderselas, de librarse del armario, de madurar sin fantasmas medievales que los persigan, necesitamos romper con las barreras que hacen de nuestra sociedad un lugar menos amigable para algunos.

A la película de Pablo Rago que nos pasaron los de Johnson & Johnson en primer año le faltaba una parte de la historia. Nos mintieron, porque

nos contaron un mundo en el que *nosotros* no existíamos. Nos quitaron el derecho de vivir las mismas cosas que nuestros amigos vivían mientras nosotros nos las perdíamos porque solo venían en formato chico + chica y nadie nos había avisado que quizás podíamos ser –y no tenía nada de malo que fuéramos– diferentes.

–*What’s a faggot?*

–*A faggot is a word used to make gay people feel bad.*

–*Am I a faggot?*

–*You might be gay but don’t let anyone ever call you a faggot... You don’t need to know right now.*

(Diálogo entre Juan y el pequeño Chiron en la película *Luz de luna*)

No hay una primera vez para entrar al armario; nacemos dentro. Cuando todavía no lo sabemos –ni tendríamos cómo, porque la sexualidad aún no forma parte de nuestras preocupaciones y ni siquiera aprendimos las palabras que necesitaríamos para hablar de ella–, ya hay un armario invisible construido a nuestro alrededor.

La presunción es el punto de partida. Se presume que ese bebé con genitales masculinos un día será un hombre; que aquel con genitales femeninos será una mujer; que ese futuro señor tendrá una señora, que esa futura señora lo será de algún señor. El armario de nuestra infancia viene con colores, juegos, juguetes, cuentos infantiles con príncipe y princesa, expectativas y planes de nuestros padres, amigos, maestros y algún tío o tía que en cada fiesta de cumpleaños nos pregunta si ya tenemos novia, porque es obvio que no existe otra posibilidad. La presunción se transforma en un destino que asumimos como meta, eso que vamos a ser cuando seamos grandes.

El *bullying* homofóbico empieza antes de que podamos entenderlo. “¿Qué es un marica?”, le pregunta Chiron a Juan en la película *Luz de luna*, y después: “¿Yo soy marica?”. Cuando escuchamos el primer insulto homofóbico, no sabíamos que éramos gays, ni qué era ser gay, pero comenzamos a intuir que, si fuéramos *eso*, la pasaríamos mal. Que a los demás no les gustaría, sobre todo a nuestra familia. Como escribe Osvaldo Bazán en su *Historia de la homosexualidad en la Argentina*:

El niño judío sufre la estupidez del mundo y vuelve a casa y en su casa sus padres judíos le dicen “estúpido es el mundo, no vos”. Y le hablan de por qué esta noche no es como todas las noches y le cuentan de aquella vez que

hubieron de salir corriendo y el pan no levó. Le dan una lista de valores y tradiciones y le dicen: “Vos estás parado acá”. Y sabrá, el niño judío, que no está solo. El niño negro sufre la estupidez del mundo y vuelve a casa y en su casa sus padres negros le dicen “estúpido es el mundo, no vos”. Y le hablan de la cuna de la humanidad, de un barco, una guerra. Le dan una lista de valores y tradiciones y le dicen: “Vos estás parado acá”. Y sabrá que no está solo. El niño homosexual sufre la estupidez del mundo y ni se le ocurre hablar con sus padres. Supone que se van a enojar. Él no sabe por qué, pero se van a enojar.

El primer armario del que hay que salir –el único del que alcanza con salir una vez– es el interior. Pensar “soy gay” y que deje de dar miedo saber que es verdad. ¿Nunca te pasó, antes de saberlo, que veías a un tipo muy atractivo y tus ojos, sin pedirle permiso a tu cabeza, se movían para mirarlo? ¿No pensabas, entonces, “¡qué linda remera que tiene!” cuando lo que realmente te había gustado era el tipo que la llevaba puesta? Si sos heterosexual, jamás te pasó: cuando veías a una chica que estaba buena, no solo no necesitabas engañarte, sino que podías decirlo en voz alta y gozar de la complicidad de los demás. Hay un montón de esfuerzos mentales que nunca tuviste que hacer para descubrirte, entender y, después, manejar esa información con los otros.

El armario interior, por increíble que parezca, resiste las evidencias más obvias. Un pibe que se masturba mirando pornografía gay pero no reconoce que le gustan los hombres, o que tiene sexo en el túnel de Amerika y después se convence de que fue el alcohol. Todavía me acuerdo de un diálogo muy gracioso con un flaco al que conocí hace muchos años:

–No te confundas, yo soy hétero –me dijo.

–Todo bien, pero eso que estabas chupando recién se llama “pija” –le respondí, aunque yo entendía lo que le pasaba, porque ya había sido él.

Después de salir del armario interior, llega el momento de entender que eso que somos no tiene nada de malo –si en tu casa y en tu escuela no te enseñaron lo contrario, va a ser mucho más fácil–, que ser gay es tan normal y natural como ser hétero y que está todo bien. Transformar la vergüenza en orgullo es algo que no todos consiguen, pero es imprescindible para llevar una vida sana y feliz, defenderse de la estupidez ajena, mantener la autoestima en su lugar y no resignarse a ser tratado como ciudadano de segunda.

Cuando, al final, estamos afuera y lo tenemos claro, debemos decidir cuándo, cómo y a quiénes contarles, y responder a todas esas preguntas increíbles que nos hacen (“cuando estás con un tipo, ¿quién hace de mujer?”, “¿es verdad que los gays quieren ser mujeres?”). Por momentos, precisamos asumir un papel pedagógico, desarmando los mitos y explicando que no somos extraterrestres. Y, para eso, precisamos saberlo nosotros mismos.

Pero, después, parece que el armario no termina nunca. La presunción de heterosexualidad es el truco que le permite reaparecer, como las velitas

de la torta de cumpleaños que se prenden de nuevo después de que las soplamos. Podemos haber hecho nuestro *coming out* con todo el mundo, pero basta mudarse de barrio, empezar un curso de idiomas o cambiar de trabajo para que, sin haber hecho o dicho nada, todos presupongan, de nuevo, que somos héteros. Y no es un detalle; es más estresante de lo que parece. Quizás por eso, algunos gays desarrollan una personalidad exageradamente masculina que los preserva de las sospechas de los demás, como la versión adulta de Chiron en *Luz de luna*.

Yo sé que, a algunos espectadores, ese personaje les puede haber parecido inverosímil; a mí no. Me pareció brillante. Recuerdo una noche en Brooklyn en la que decidí ir a un boliche gay que encontré en Google Maps, sin muchas referencias. Cuando llegué, la mujer que recibía a los clientes en la puerta me pregunta: “Are you sure you know where you are?”, y la verdad es que no sabía, pero respondí que sí. Al entrar, percibí que era el único blanco en el boliche. Los clientes se parecían bastante a *Black*, el Chiron adulto de la película, vestían y se comportaban como él. Era un boliche gay, solo había hombres; pero, en toda la noche, no vi un solo beso. Parecía que todos estuviesen fingiendo, aunque todos sabían que todos sabían. El armario es poderoso.

También hay otros que, por el contrario, son tan afeminados que no precisan explicarle nada a nadie –aunque tampoco digo que siempre sea por eso–, y así ahorran tiempo y energía. En un episodio de la mítica serie gay *Queer as folk*, Ted le dice a Emmett que le cuesta salir del armario una y otra vez, y su amigo le responde que nunca tuvo ese problema, porque la gente lo ve llegar y sabe. Otro personaje, Michael, no consigue decírselo a una compañera de trabajo que está enamorada de él, y eso lo mete en mil problemas.

Para los que no son como Emmett y, por alguna razón, al menos en parte de su vida social –tal vez en la familia o en la oficina–, prefieren no decirlo, el esfuerzo es mucho mayor de lo que cualquier heterosexual pueda imaginarse. Pensá en la cantidad de veces por día que necesitarías mentir o cuidar tus palabras en todo tipo de conversaciones cotidianas para que nadie descubra si te gustan los hombres o las mujeres. “¿Qué hiciste el fin de semana?”, “¿Sos casado?”, “Mirá qué buena que está”.

¿Cuántas de las cosas que hacés o decís normalmente todos los días deberías evitar?

La periodista Fernanda Mel escribió una vez que si una pareja hétero va al supermercado y ella le dice a él: “No te olvides de agarrar café, *mi amor*”, nadie va a prestar atención, pero si son dos mujeres, la misma frase suena como agarrar un megáfono, subirse a un banquito y gritar: “¡Somos lesbianas!”.

El armario funciona como muralla entre lo público y lo privado. Cualquier pareja hétero va de la mano en la calle, en cualquier parte del mundo, a cualquier hora, pero ese gesto simple, para una pareja gay, puede

ser peligroso. De noche en la avenida Paulista, en San Pablo, un evangélico fanático te puede romper la cabeza de un palazzo. En Irán o Arabia Saudita, te pueden condenar a muerte. En Rusia podés ir preso. En otros lugares ya no existen esos peligros, pero el simple hecho de agarrar a tu novio de la mano significa provocar miradas, risas, comentarios, o al menos tenés que estar preparado para ello. Para una pareja hétero, no significa nada más que un gesto de cariño, invisible para los demás.

Darle un beso a tu novio en un restaurante o en el cine puede provocar una discusión con otro cliente o con algún empleado homofóbico, e inclusive pueden echarte. No va a faltar el que diga: “¿No ven que hay niños acá?”, como si nosotros, de niños, no hubiésemos visto a miles de parejas de hombre y mujer dándose un beso en la calle, en la tele, en el cine y hasta en los cuentos infantiles, sin que eso nos transformara mágicamente en heterosexuales; como si la orientación sexual se aprendiera por imitación. Y están los que dicen: “No me molesta que sean gays, pero no precisan exhibirse. Que hagan lo que quieran entre cuatro paredes”. Las cuatro paredes de los heterosexuales son el mundo entero.

A pesar de todo lo que ha cambiado en los últimos tiempos, el armario sigue siendo el refugio de muchos. Inclusive de aquellos que están en una posición privilegiada. Conozco a políticos, artistas y periodistas que son gays o lesbianas y prefieren no decirlo porque, aunque ello no amenace su seguridad ni su empleo, la homosexualidad aún es, en mayor o menor medida, un estigma. Y a algunos les cuesta más que a otros.

Por eso, así como nacemos en el armario, hay quienes mueren dentro. La película israelí *Yossi and Jagger*, de Eytan Fox, lo cuenta con una metáfora extraordinaria. Sus protagonistas son dos soldados del ejército de Israel, apostados en la línea de frontera con el Líbano, que viven su amor a escondidas, cuidándose al mismo tiempo de los ojos y oídos de sus compañeros y de las balas del enemigo. Jagger muere en combate, y Yossi, que además de ser su novio era su comandante, debe comunicárselo a la familia. Junto a la madre del soldado está presente una joven que estaba enamorada de él. Ella creía que él sentía lo mismo pero no se animaba a decirlo. La mamá de Jagger dice que hay muchas cosas de la vida de su hijo que nunca llegará a conocer, y le pregunta a la chica cuál era su canción favorita. Ella no lo sabe, y Yossi, que hasta ese momento había estado callado, responde: “*Come*, de Rita, es la canción que más le gustaba”.

El título de este libro, *El fin del armario*, es al mismo tiempo una crónica de época y una expresión de deseos. Lo primero porque, como podemos constatar de este lado del mundo –lejos de los regímenes totalitarios y las teocracias fundamentalistas de Oriente–, salir del armario es cada vez más fácil. La Gran Bretaña que condenó a Alan Turing a la castración química por homosexual hoy tiene matrimonio igualitario y el pequeño *pub* donde, en 1969, gays, lesbianas y travestis se enfrentaron violentamente con

la policía de Nueva York hoy es un monumento histórico nacional que recuerda esa rebelión.

Nuestro lado del mundo es un lugar cada día mejor y más amigable.

La Argentina también cambió, a pasos muy acelerados, en los últimos años, y hoy tenemos la legislación sobre derechos civiles de la población LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y trans) más avanzada del mundo, aunque aún falte avanzar mucho en cuestiones que no dependen apenas de la ley. El fin del armario parece más cerca y las nuevas generaciones, protagonistas de lo que el sociólogo Ernesto Meccia define como el tránsito entre la homosexualidad y la gaycidad, salen más temprano y con más naturalidad. Hoy ya no es tan raro que un adolescente gay lleve a su novio a cenar a la casa de sus padres, algo que hace algunos años era impensable. Los que nos precedieron comenzaron el camino que los llevó de la vergüenza al orgullo, abriendo paso a la lucha definitiva por derechos civiles que estamos viendo triunfar en estos años. Y la próxima generación estará muchísimo mejor. Todavía no llegamos, pero cada día parece más cercano ese nuevo mundo en el que los armarios serán piezas de museo.

Este libro habla sobre ese camino, con sus avances y retrocesos, y trata de explicar varias cosas que mucha gente no conoce sobre nuestro mundo, contestando mitos, riéndose de algunos tabúes y estereotipos, denunciando los discursos de odio que aún conspiran contra el futuro, cuestionando el papel de la religión, la política, los medios, la cultura, analizando las semejanzas entre el prejuicio homofóbico y otros, como el racismo y el antisemitismo, resaltando algunas novedades de esta época y contando historias, que a veces es mejor que teorizar. Fue escrito pensando en lectores y lectoras de todas las orientaciones sexuales e identidades de género, de modo que no presupone que nada sea obvio.

Si después de leerlo, tenés menos prejuicios y más información que antes de empezar, significa que funcionó. Y entonces se lo podés recomendar a alguien más.

Agradezco a la editorial Marea y, en especial, a Constanza Brunet, por la posibilidad de publicarlo. También a mis colegas de Todo Noticias, donde hace años que escribo sobre estos temas con absoluta libertad para la web del canal, además de trabajar como corresponsal en Brasil para los noticieros, escapando a la idea de que ser un periodista gay y salir del armario significa no poder hablar de otra cosa. Y, muy especialmente, a Carlos de Elía, que me abrió las puertas del canal, y a mi editora, Fabiana Ramírez.

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| <b>PRÓLOGO</b> .....                                  | 9  |
| <b>A MODO DE INTRODUCCIÓN</b>                         |    |
| Adolescencias robadas.....                            | 11 |
| <b>1. GAYKIPEDIA</b>                                  |    |
| Los infinitos cajones del armario .....               | 19 |
| ¿Quién hace de mujer?.....                            | 19 |
| La “opción sexual” .....                              | 20 |
| Amor en portugués .....                               | 22 |
| Se presume heterosexual .....                         | 24 |
| Historias en el armario .....                         | 28 |
| El armario interior: Jang era gay y no lo sabía ..... | 31 |
| El deporte es cosa de machos.....                     | 34 |
| El <i>coming out</i> de los famosos .....             | 40 |
| <i>Outing</i> .....                                   | 44 |
| Bi.....   | 48 |
| ¿Cuántos somos? .....                                 | 51 |
| Porno para todos .....                                | 56 |
| ¿Ser gay tiene cura? (¿y ser hétero?).....            | 57 |
| La homofobia no es una enfermedad .....               | 66 |
| Promiscuos .....                                      | 69 |
| El señor Barriga es un ícono sexual.....              | 72 |
| La gente del futuro.....                              | 76 |
| Los últimos homosexuales.....                         | 80 |
| El GPS gay .....                                      | 81 |
| ¿Un <i>shopping</i> gay? .....                        | 85 |
| Televisión sin armario.....                           | 87 |
| Protección al menor .....                             | 94 |
| “Profe, ¿usted es gay?” .....                         | 97 |

## 2. PRIDE

|  |     |
|--|-----|
| El camino de la vergüenza al orgullo y la lucha por los derechos civiles ..... | 101 |
| El asiento de atrás .....  | 101 |
| Hannah Arendt y el matrimonio igualitario .....                                | 103 |
| Stonewall, donde nació el orgullo .....  | 112 |
| Proletarios y maricones, uníos .....   | 114 |
| Bésame mucho .....   | 116 |

## 3. PUTOS Y JUDÍOS

|  |     |
|--|-----|
| Las dos caras de la discriminación ..... | 121 |
| <i>Pinkwashing</i> .....                 | 121 |
| Una boda en la sinagoga .....            | 134 |
| “En Irán no tenemos homosexuales” .....  | 138 |
| Venezuela: el “sionismo gay” .....       | 142 |

## 4. EL ODIIO

|  |     |
|--|-----|
| Morir por ser gay .....  | 145 |
| África, donde no se puede ser homosexual .....                       | 145 |
| Alan Turing, el genio homosexual .....                               | 149 |
| Chile: la historia de Daniel Zamudio .....                           | 151 |
| Brasil: cuando no hace falta ser gay para que te maten por gay ..... | 155 |

## 5. EN NOMBRE DE DIOS

|  |     |
|--|-----|
| La condena celestial (se prepara en la tierra) .....                   | 157 |
| “Amorás a tu prójimo” .....  | 157 |
| ¡Pobres homofóbicos! .....   | 164 |
| Dios y Pedro Zerolo .....  | 166 |
| El obispo se la come .....   | 168 |
| <i>Taxi boys</i> en el Vaticano .....                                  | 171 |
| El papa que huyó por amor .....  | 172 |
| Francisco es Bergoglio .....   | 175 |
| McCarthy y la “ideología de género” .....                              | 178 |
| Los chifladitos .....  | 183 |
| Las puertitas del señor Aguer .....                                    | 186 |
| El diputado de Francisco .....   | 189 |
| El papa, el sínodo y los maricones .....                               | 191 |
| Alá no es grande, Jesús no nos ama .....                               | 197 |
| El poder evangélico: un peligro que Brasil puede ayudarnos a ver ..... | 201 |
| La maldición de Cam .....  | 204 |
| Iglesia Universal: los cajeros del Señor .....                         | 207 |

## 6. ESCRITO EN EL CUERPO

|  |     |
|--|-----|
| La vida transgénero en el siglo XXI .....      | 217 |
| Ponerse en el lugar del otro (o la otra) ..... | 217 |

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Antes de la ley de identidad .....  | 219 |
| La presidenta y las travestis ..... | 222 |
| Televisión basura .....             | 225 |
| La crueldad .....                   | 226 |
| ¡Viva Laverne Cox! .....            | 230 |
| Subsidio trans .....                | 233 |

**EPÍLOGO *IN MEMORIAM***

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Adiós a mi héroe, Pedro Zerolo ..... | 241 |
|--------------------------------------|-----|